

NO FUE CUALQUIER DÍA

Son las once de la mañana y mis padres me obligan a bañarme para ir almorzar a la casa de mis abuelos, según mi madre allí festejan mis padrinos no sé qué cosa de casamiento, pero sé que son muchos años, como quince me parece. Mi tía Juana y mi tío Luis, yo los quiero un montón, pero hoy no tengo ganas de ir. A mis padres no les interesa que yo no quiera ir, ellos van y yo como soy el más chico de la casa obedezco y se acabó el asunto.

Lo único bueno es que allí me voy a juntar con primos: Dardo, Gabriel y Carolina. Con Gabriel me gusta jugar, con Dardo y Carolina no tanto... si bien yo tengo la misma edad que Dardo, y los otros dos hermanos suyos son menores, prefiero jugar con Gabriel. Es como si fuera más inteligente, como si las cosas que lo rodean sean de interés para desarmar. Hasta donde sé, la semana pasada le agarró la radio al abuelo, una radio vieja que tenía pero que según él andaba muy bien y se la desarmó. Por supuesto que con sus ocho años, no la pudo volver armar... y se le armó un quilombo pobre... el abuelo no le dejó tocar más nada. De todas maneras no es lo único que ha desarmado, también hace lo mismo con los juguetes eléctricos, parece que tuviera una pasión rara con la electricidad. Será porque mi padrino, que es su padre, trabaja de electricista.

El asunto que esta reunión va estar medio aburrida me parece. Pero bueno, siempre es momento de andar por la casa de mi abuelo... aunque no nos deje jugar a la pelota porque dice que le rompemos las plantas, y que los animales que tiene en la casa se espantan y a la noche están insoportables y no los dejan dormir a ellos. Su casa es como una granja. Una gran granja, donde hay chanchos, como tres perros, gallinas, patos, dos caballos y un loro que solo insulta. Mi tía, la que es soltera, y se llama Rita y vive con ellos, dice que en cualquier momento al loro se lo da en estofado a mi abuelo, porque la tiene harta que la insulte y que mi abuelo no regale ese pájaro verde.

Aunque es la primera vez, que veo a mi tío tan bien vestido, de traje... como si fuera un tipo importante, ¡bah! de verlo siempre en mameluco y ahora así, es como si fuera otra persona. Mi tía está también muy bonita vestida. Y mis primos, sus hijos, están también repitucos... pero es hasta que agarren la pelota y se acabó la pinta.

Sin embargo yo... mi papá dice siempre lo mismo, para qué le vas a poner los zapatos nuevos a éste para una fiesta si se junta con los otros y los va a romper. Y después para la escuela vamos a tener que comprarle otros. Pero bueno, en fin... a mí de zapatos no me gusta andar, así que prefiero las zapatillas... no sólo para jugar a la pelota, sino también para correr y andar por ahí.

La casa de mi abuelo es muy grande, y es casi tradición que todas las fiestas se hagan allí, ya sean los cumpleaños de mis tías o tíos, o el cumpleaños del perro de mis padres o de quién sea. Como ya están medio viejitos, nadie quiere decirles que no.

Esta casa tiene muchas habitaciones, hay una donde nadie entra, está cerrada de hace años, muchos años y yo no sé por qué. Le pregunté a Gabriel y él tampoco sabe. Y la verdad que ganas no nos faltan de entrar. Pero no sé si avisarle a los otros o sólo entrar con Gabriel nomás.

En fin, con Gabriel, decidimos entrar... Es rara la sensación que hay en esta pieza. Está la cama sin hacer como si alguien hubiera dormido anoche, pero por lo que sabemos hace años que nadie duerme allí...

Gabriel se asusta un poco. Veo las fotos de un señor jovencito, vestido de militar, y la verdad que a ese hombre no lo he visto nunca. Buscando en el armario hay ropa de militar, un traje como si fuera nuevo, con una gorra de esas que se ven en la tele. Gabriel se prueba una. Yo también, aunque a mí me da un poquito de miedo... es como si aquí habitara un fantasma.

Esta habitación está llena de retratos y fotos sueltas de este señor militar. Incluso hay una foto mía cuando era bebe que me tiene él en brazos. Pero yo de él no me acuerdo, no sé nada. No sé qué hacer la verdad no sé qué hacer.... Gabriel me mira como asustado también.

Y de pronto se nos ocurrió la peor idiotez que se nos pueda pasar por la cabeza, la de ponernos cada uno una gorra de militar e irnos para donde están todos reunidos.

Mi madre me miró y se largó a llorar en el instante. Mi padre se quedó petrificado, sin palabras y sin saber qué hacer. Mis padrinos, los padres de Gabriel, lo agarraron del brazo y se lo llevaron rajando para afuera. Mi abuelo se puso como una fiera... yo nunca lo había visto tan enojado, ni siquiera cuando Gabriel le desarmó la radio y no sirvió más. Pero la que más me dolió fue mi abuelita.

Ella que anda silenciosa en la casa, como si fuera un alma en pena, me miró y no lloró escandalosamente como lo hizo mi madre. Simplemente me abrazó muy fuerte con los ojos muy llorosos y murmuró en voz baja el nombre de Pedro, me pareció raro porque yo me llamo Alejo. El resto de la familia no decía nada.

Me di cuenta que nos habíamos mandado una macana. Pero el abrazo de mi abuela está en mi alma. Ella sólo lloró por su historia. Las historias de las personas supongo siempre tienen su lado oculto y doloroso. Que en definitiva es la historia de toda la familia.